

Cambios en el Lenguaje de la Fe

Manuel Ossa

Hoy, más que hace algunos años, a los cristianos se nos plantean preguntas y hasta dudas respecto a nuestra forma de anunciar el evangelio. Estas preguntas se derivan de nuestros encuentros diarios con personas a quienes, por uno u otro motivo, poco o nada les preocupan los temas religiosos, al menos en su versión cristiana.

Así nos preguntamos:

¿Cómo anunciar el evangelio de manera que sea un aporte a la toma de conciencia y a la autonomía de vida de quienes, en razón de condiciones infrahumanas de vida, o de quiebres profundos de personalidad, ni siquiera logran avizorar un horizonte de sentido más allá de la satisfacción inmediata de sus necesidades y deseos o de la lucha por alzar los propios miedos y angustias?

¿Cómo anunciar el evangelio de manera que les diga algo significativo a quienes, atraídos por las ofertas del mercado, parecen orientar sus vidas principalmente a alcanzar las metas que proponen las firmas comerciales?

Aún convencidos de que el evangelio puede aportar un ideal de justicia y de solidaridad capaz de orientar la vida de muchos, se nos plantea la pregunta de cómo anunciarlo hoy, o la duda sobre la oportunidad de tal anuncio, pues nuestros compañeros y compañeras de trabajo, con quienes compartimos el mismo empeño por mejorar la vida y el entorno, muchas veces no entienden ya lo que queremos decirles cuando hablamos del “cielo” y de la “otra vida”, de la “divinidad” y de la “trinidad”, de los sacramentos y de la iglesia. Y el no entendernos

ellos a nosotros, ni poder darnos a entender de manera convincente y satisfactoria, es algo que nos hace caer en dudas acerca del sentido de nuestras propias fórmulas de fe.

Por último, ¿qué significa o qué aporta hoy el evangelio al diálogo con quienes poseen ya una religión distinta o una visión religiosa del mundo capaz de “validar” y dar sentido a su acción y sus vidas, como nuestros pueblos originarios, o nuestros amigos judíos, musulmanes, ba'hai u otros que se aviecinan cada vez más numerosos en Chile?

Creo que en la raíz de tales preguntas y dudas, se plantea el problema del lenguaje de la fe. Preciséndolo, me parece que no se trata de cambiar ese lenguaje, sino de ahondar en el contenido o el objeto al que los términos y las palabras de ese lenguaje están apuntando. Adelantando conclusiones, lo que quisiera sugerir en este artículo es que el lenguaje de la fe no se refiere a cosas que estén fuera de nosotros, sino a vivencias profundamente humanas, a las que expresa por medio de símbolos y sistemas de símbolos que se van configurando a lo largo de la historia.

“...lo que quisiera sugerir en este artículo es que el lenguaje de la fe no se refiere a cosas que estén fuera de nosotros, sino a vivencias profundamente humanas, a las que expresa por medio de símbolos y sistemas de símbolos que se van configurando a lo largo de la historia...”



Josef Koudelka

No pretendo realizar aquí un examen de las formulaciones de fe, para ver qué significado pueda tener hoy cada una de ellas en particular. Me limitaré a tres puntos fundamentales: 1. situar la problemática en una perspectiva histórica; 2. delimitar el tipo de "verdad" que les es propio a las formulaciones de la fe; 3. buscar un nivel en que pueda desarrollarse adecuadamente el diálogo y la cooperación entre cristianos y no cristianos y a definir mejor lo que es y lo que no es evangelizar.

1.- Perspectiva histórica

Lo escuchado y lo interpretado

La fe viene de lo escuchado, de palabras escuchadas, repetidas de boca en boca e interpretadas en cada repetición. Fueron primero unos rumores: "¿eres tú el único allegado en Jerusalén que no lo sabe?" Luego fue un recado: "vayan y díganle a sus discípulos..." Después, un anuncio: "ese Jesús, hombre aprobado por Dios..." Más adelante, se desarrollaron relatos de hechos y dichos de Jesús y sobre él. Por último, se agregaron meditaciones, poesías, oraciones, rituales, pinturas, cantos y reflexiones en búsqueda de entender, profundizar y aplicar todo ello al diario vivir... Todas estas palabras de los seguidores inmediatos de Jesús fueron también maneras de interpretar la forma como él les había llegado y el por qué y cómo y con qué orientación había transformado sus vidas. Estas interpretaciones de sus seguidores han sucedido a lo largo de un proceso histórico y tuvieron que realizarse a partir de las visiones del mundo y de los "imaginarios" propios de las respectivas culturas de quienes adherían a la fe en el Dios de Jesús. Primero fue la cultura judía, en el interior de la cual Jesús se había interpretado a sí mismo. Pero pronto vino también la cultura del mundo grecorromano, donde convergían culturas del Asia y del Egipto. A lo largo de los siglos, en cada época y en cada cultura se han ido recibiendo y formulando diversas interpretaciones del mensaje de Jesús, de su persona, de su paso por la historia humana. La diversidad de interpretaciones responde a que, en cada época, las preguntas se plantean desde puntos de vista distintos. Lo mismo sucede con las respuestas. La vida es dinámica y no hay

palabra capaz de imponerse como única, absoluta y valedera para todos y para siempre, ni de sobrepasar los límites del espacio y del tiempo en que se constituye toda cultura. Ni siquiera la llamada "palabra de Dios".

Crisis de "paradigmas"

-La historia está hecha de períodos caracterizados por cortes y nuevos comienzos en los ámbitos culturales, sociales, económicos y políticos. Muchos factores han influido en ellos, tales como descubrimientos, viajes, intercambios culturales, contradicciones o luchas sociales y otros. Tales cambios de época se han caracterizado por el surgimiento de nuevos "paradigmas"⁽¹⁾ o modelos de pensamiento que, al surgir, chocan con los sistemas culturales tradicionales y, por consiguiente también, con los sistemas de símbolos religiosos, rituales o conceptuales en que se había ido traduciendo el seguimiento de Jesús. En estos casos, palabras que habían sido transmitidas y recibidas como expresiones de fe, se encontraron descolocadas y parecieron no responder para nada a las nuevas realidades que imponían nuevos modos de pensar. Esto ha sucedido varias veces con las palabras que expresan la fe cristiana. Recordemos brevemente algunos de esos momentos.

-Sucedió primero entre los siglos II y V, cuando, debido a la necesidad de traducir los símbolos de la fe desde formas de pensamiento bíblicas a otras que pudieran ser entendidas por los griegos, los Concilios llamados ecuménicos reeditaron varias veces las confesiones o símbolos de fe.

-Una segunda época de crisis de paradigmas se abrió en la alta Edad Media, cuando los manuscritos científicos y filosóficos griegos y romanos de la antigüedad clásica, fueron desempolvados y redescubiertos en conventos y universidades. Ellos despertaron gran fascinación, pero al mismo tiempo produjeron mucho desconcierto, porque aportaban elementos que la visión religiosa, paradigma predominante de interpretación del mundo, no había considerado hasta entonces.

-Desde esa época, el despertar de la curiosidad científica por observar y experimentar aceleró

(1)
Se ha llamado "paradigmas" a ciertos modelos construidos como formas y normas de organizar el conocimiento y la experimentación científica. En los años 60, en su obra Estructura de las revoluciones científicas, Thomas Kuhn llamó la atención sobre el hecho de que los cambios de esquemas mentales en el desarrollo de las ciencias son abruptos y no lineales, realizándose mediante "desplazamientos de paradigmas". Aplicado a otros ámbitos del conocimiento y de la cultura, "cambio de paradigma" vendría a significar que ciertas formas tradicionales de organizar el saber y la práctica en algún determinado ámbito de la "visión del mundo" de una época deben desplazarse, para dar lugar a nuevas formas de organización del saber y del actuar que irrumpen y se imponen como dominantes.

la frecuencia de las crisis. Copérnico (1473-1543), y Galileo Galilei (1564 - 1642) marcaron el comienzo de una nueva confrontación con algunos de los paradigmas de la cultura que todavía no habían sido reinterpretados por la filosofía aristotélico-tomista: los de la centralidad de la tierra en el universo, base para entender por qué y cómo el hecho salvífico de Jesucristo podía ser considerado central y universal

-En los siglos XVII y XVIII, los pensadores de la Ilustración desarrollaron una fuerte y definitiva contestación de toda autoridad y un convincente alegato por la sola validez de lo racional. Pudieron hacerlo, porque entretanto, desde el Renacimiento y la Reforma protestante, no sólo se habían acumulado y cotejado los conocimientos en magnitudes “enciclopédicas” y con nuevas formas de autonomía, sino que se había perdido la unidad de la cultura cristiana y se había debilitado consiguientemente el poder eclesiástico y la autoridad magisterial de la Iglesia Católica Romana. Los teólogos protestantes se hicieron cargo primero de elaborar una nueva síntesis de la racionalidad, historicidad y experimentación, por un lado, con los símbolos de la fe, por otro, pues estaban mejor preparados para ello que los católicos, debido



al presupuesto del libre examen que constituye la base de su interpretación bíblica y a la ausencia consiguiente de un magisterio o control eclesiástico de la investigación teológica. En la teología católica ha habido sin embargo una notable apertura en los últimos cincuenta años, después de superadas las dos crisis del s. XX, la del Modernismo y la de la “Nouvelle Théologie”.

2.El contenido de la formulaciones de fe: búsqueda de nuevas claves de interpretación

Lo que se ha vivido en la historia de la fe cristiana, sus crisis y búsquedas de nuevas claves de interpretación, se vive en la historia personal de cada uno de nosotros y en la de grupos y comunidades, como parte del proceso colectivo de la humanidad del que formamos parte indisoluble. Se puede decir que a lo largo de la historia y a través de las crisis, las palabras y las fórmulas permanecen casi como ritos, con pocos cambios. Pero cambia de época en época el contenido de las mismas. Confesamos nuestra fe con un credo al que llamamos “apostólico” y que, en algunas de sus proposiciones, remonta efectivamente a muy atrás, quizás si hasta los mismos primeros discípulos de Jesús. Sin embargo, como nuestra cultura es otra que hace quince o veinte siglos, les damos a muchas de esas palabras un significado que no pudo pasarles por la mente a los apóstoles o primeros discípulos de Jesús - ni a Jesús mismo, ni tampoco más adelante, a través de los siglos, a muchos Concilios y Papas que vivieron antes de las crisis de paradigmas recién recordadas. Estos agotamientos o deslizamientos de significado atañen o aquejan a todos los enunciados doctrinales que tocan cualquier dominio del saber “profano” o secular. En todos estos dominios se ha modificado profunda y fundamentalmente la visión que hoy tenemos del mundo, hasta el punto que muchas “verdades” tenidas hasta hace poco por irrefutables, dejan de serlo en absoluto. Redescubriendo contenidos de las fórmulas de fe Algunos de los contenidos supuestamente “objetivos” de los que tenemos que despedirnos son, a modo de ejemplo, la imagen de un Dios “allá arriba” consistente en una trinidad de entes que miran el mundo desde lejos; un infierno “allá abajo” para castigar a los malos; “otra vida” - por cierto no biológica - después de la muerte; una “eternidad” que nada tiene que ver con el tiempo; una “naturaleza divina” de Jesús

(3) Bernard Lietaer, “Más allá de la codicia y la búsqueda del futuro del dinero”, en Pastoral Popular, Nº 305 mayo-junio 2008

(4) Parafraseando a Bernardo de Claraval. Sermón 5 en el Adviento, en las obras completas editadas por Cistercienses y en Éditions du Cerf.

completamente distinta de su naturaleza humana y de la nuestra; una “gracia” imaginada casi como un fluido metafísico que nos cambiaría el “alma”, la cual, bajo su influjo, dejaría de depender - casi - de los determinismos hormonales o nerviosos; una “presencia real” obtenida mediante una inobservable transformación de la “sustancia” misma del pan y del vino... Podríamos seguir enumerando enunciados que chocan con nuestra mentalidad contemporánea - y por cierto con la de nuestros compañeros y compañeras no creyentes. En cambio, en vez de significar cosas físicas o entidades metafísicas - es decir, que se encuentran más allá de la experiencia sensible -, las formulaciones de la fe podrían ser redescubiertas en su calidad de símbolos de rincones y profundidades insospechadas, pero reales, de la vida humana personal y de las relaciones sociales, a la manera de lo que C.G. Jung llamaba los “arquetipos”.

Por ejemplo, al apuntar a que el “Padre de los cielos” cuida de los “lirios del campo y de las aves”, Jesús le estaba dando forma concreta, sin saberlo, a un arquetipo capaz de sustentar, o de reconstruir o robustecer la actitud fundamental básica de “confianza original” (Erik H. Erikson) que orienta positivamente al ser humano desde su lactancia, si ha tenido una madre o un padre que lo ha acogido y cuidado amorosamente. Ese “Padre” o esa “Madre” arquetípicos, simbolizados en otras religiones por la diosa de la Fertilidad, son los que han dado estabilidad a muchas culturas. Cuando esas figuras faltan, se instalan en su lugar las “sombras” de los miedos y angustias que destruyen la vida. La “escasez” es la sombra que ha amenazado la vida humana, siempre que a una cultura le ha faltado la figura arquetípica del Padre o de la Madre. Es lo que hoy nos sucede. Por ello se acrecientan el miedo y la codicia en virtud de las cuales los seres humanos ponemos todo por obra para defendernos de la escasez (2). Tenemos miedo de perderlo todo si no acopiamos lo más posible. Ese miedo explica muchas cosas, desde la acumulación de capital hasta la delincuencia. Quiero mostrar en un ejemplo concreto cómo la fe, orientada por una figura arquetípica semejante, la del pastor ovejero, es capaz de despertar y reconstruir la “confianza original” en personas que han pasado por muchas tribulaciones derivadas de la pobreza.

Conversando hace poco con una mujer que había tenido mucho que sufrir en la vida, me preguntaba ella acerca del verso del Salmo 23: “el Señor es mi pastor, nada me habrá de faltar...”, si acaso ese “nada” había que tomarlo a la letra, si uno podría confiarse en que efectivamente no le faltaría “nada” a quien confiara. En la conversación tomaba parte un amigo que le respondió a partir de su propia experiencia: “Uno se equivoca muchas veces al pensar que la falta de algo en particular es importante. Mirando hacia el Señor, me he dado cuenta que lo que creía una pérdida o una carencia, no era tal en el conjunto

“...Todas las formulaciones religiosas son símbolos del sentido que puede adquirir la vida cuando salimos de nuestra soledad y egoísmo para entendernos, compartir los bienes y amarnos mutuamente como partes de un Todo. Pero los símbolos religiosos pierden su sentido cuando las instituciones religiosas que se han erigido para custodiarlos los convierten en “dogmas”, “verdades de fe” o “preceptos”...

de mi vida. Mi vida tenía pleno sentido aún sin ello. Confío entonces en que efectivamente nada me habrá de faltar de lo que da sentido a mi vida”.

Este amigo describía una reconstrucción de confianza, en la misma línea de lo que se lee unos versos más abajo en el Salmo: “aunque pase por el valle de las tinieblas... tú vas conmigo”. Esa reconstrucción de confianza da cuenta de una experiencia de vida en la que el salmista y el amigo reinterpretan los símbolos religiosos de “omnipotencia” y “providencia” desde sí mismos y su propia experiencia de aflicciones superadas, y no desde definiciones metafísicas (es decir, inverificables) de supuestos atributos divinos. Desde este punto de vista, lo que tanto el salmista como mi amigo habían redescubierto es que las formulaciones de la fe religiosa - en este caso, la fórmula “el Señor es mi pastor” - son símbolos de las energías que, por hallarse en las profundidades del ser humano, a veces se pierden de vista o se olvidan. Es posible redescubrirlas así, cuando uno “sale a buscar a Dios - hasta encontrarlo en uno mismo”(3) y, añadiríamos nosotros: en nuestra comunidad de hermanas y hermanos abierta potencialmente a todos. De esta forma, las formulaciones religiosas nos reintegran a un universo de sentido y de esperanza, por encima y en medio de los dolores y de la misma muerte. Todas las formulaciones religiosas son símbolos del sentido que puede adquirir la vida cuando salimos de nuestra soledad y egoísmo para entendernos, compartir los bienes y amarnos mutuamente como partes de un Todo.

Pero los símbolos religiosos pierden su sentido cuando las instituciones religiosas que se han erigido para custodiarlos los convierten en “dogmas”, “verdades de fe” o “preceptos”.

El nombre de Dios designaría ni más ni menos que el vínculo universal, la ligazón de un ser humano con el otro y con todos.

Dios no estaría detrás sino adelante, no estaría arriba, sino en medio de este encuentro mutuo y quehacer común, no como uno más, sino como el apretón de manos de quienes quieren entrar en el proyecto comunitario de la humanidad.

Como estas “verdades de fe” son cada vez deudoras de la visión del mundo vigente en la época en que se generan, están necesariamente sujetas a la incidencia de los cambios de paradigma ya mencionados. Mantener la vigencia de los símbolos religiosos como “verdades absolutas” es desacreditarlos y privarlos de su fuerza original que poseen como orientadores hacia el sentido de la vida y como vínculos de nosotros con el misterioso impulso vital de la esperanza.

3. Ideas destronadas versus símbolos de sentido

Se nos puede caer hoy un “paradigma”, un modo de pensar, una manera de representarnos o imaginarnos lo que es Dios Padre, o Jesucristo, o el Espíritu Santo, o los sacramentos, o la otra vida.

-Nuestra primera reacción ante ese destronarse de verdades tenidas hasta ahora por inmutables es la de negar al Padre y declararnos ateos, decepcionarnos del Hijo y confesar sólo al Hombre, reírnos del Espíritu y afirmarnos en nuestro solo cálculo, rechazar los sacramentos, porque no habría en ellos “presencia real”, sino “meramente” simbólica, renunciar a la “vida eterna” para dedicarnos sea a reconstruir la sociedad actual, sea a gozar lo que se pueda del momento presente... porque habremos de morir, sin nada que esperar en el “más allá”.

-Pero, si le damos a las formulaciones religiosas su verdadero valor, nuestra segunda reacción puede ser la de volver al Padre, al Hijo, al Espíritu, a los sacramentos y a la vida eterna, para redescubrirlos como símbolos muy reales de la

actitud más profunda que, al adoptarla, sirve para definirnos y constituirnos como personas y como sociedad. Símbolos que son señales orientadoras de sentido en el camino de la vida, sin los cuales, como sin la voz del “otro” que nos viene de la historia, no nos sería posible llegar a nuestra verdadera estatura humana. Para volver a nuestras preguntas iniciales: bajo las condiciones dichas de un lenguaje religioso consciente del núcleo profundamente humano y social al que apunta, se vuelve posible evangelizar sin imponer “verdades”. Por ejemplo: -junto a los más desvalidos entre los seres humanos, unas prácticas - pedagógicas o simplemente amistosas - centradas en ellos mismos y que permitan descubrir con ellos y en ellos la humanidad que nos une a todos son ya un comienzo de evangelización. Es posible que los símbolos o arquetipos bíblicos o cristianos lleguen a servirles a algunos de ellos, no necesariamente a todos, como vehículos y contrafuertes de sus energías, orientaciones y esperanzas.

-en nuestro trato con quienes colaboramos estrechamente en la tarea humana de hacer que “otro mundo sea posible”, si alguien nos pregunta por “la razón de nuestra esperanza”, podemos ahora dársela en términos “razonables” de cara a la modernidad;

-en la comunicación e intercambio crítico y contemplativo entre quienes hemos adoptado los símbolos cristianos, la evangelización es recíproca desde el momento en que, en las comunidades cristianas, nos pongamos a redescubrir juntos el sentido profundamente humano de los símbolos cristianos como fuente de energía interior;

Queda todavía el grupo de los creyentes de otras religiones. En el encuentro con ellos, “evangelización” sería una que nos toca también a nosotros. No estaríamos enviados a convertirlos, sino a dialogar con ellos hasta llegar al significado profundo de sus símbolos y de nuestros, buscando en conjunto las sombras que en cada una de las tradiciones presentes quedan mejor resaltadas, con el fin de la construcción de una humanidad.

Pirque, junio 2008